

Filón Materno:

Después de clases, la mezquina igualdad

Por Lisa Belkin ¹

26 de agosto de 2011²

En la Universidad de Duke el otoño pasado, los miembros de la fraternidad Sigma Nu enviaron una invitación electrónica a una fiesta de Halloween fuera del campus a 300 de sus compañeras de clase. “Hey, damas —insinuaba la invitación mediante una falta de ortografía—, disfrácese de enfermera cachonda, doctora cachonda, colegiala cachonda o de plano, de prosti. Te invitamos ...”

En efecto, produjo indignación: en volantes pegados por todo el campus de Duke apareció reimpresso el e-mail ofensivo y la pregunta: “¿Es a esto a lo que vienes a Duke?” Y hubo indignación oficial: La recientemente creada Iniciativa de la Mujer Griega emprenderá una campaña con el tema de las relaciones de género.

Pero subsiste un hecho menos observado: cientos de mujeres de Duke fueron a esa fiesta de Halloween y muchas de ellas, vestidas como les sugirieron.

Como padres de todo el país que envían a sus hijos a los planteles para comenzar otro año académico, ¿qué vamos a hacer ante el hecho de que las lecciones de igualdad, respeto y autoestima hayan sido escuchadas en las aulas, pero se pierdan camino a los clubes? ¿Por qué el péndulo ha oscilado de vuelta hasta percibir que la sexualización de la mujer es divertida y graciosa en vez de ser insultante e incómoda? ¿Por qué hay tantas mujeres que admiten que tal cosa ocurra? Lo más probable es que las madres de las muchachas que bailaron en la fiesta de Duke, durante sus días de universidad hayan asistido a más de una marcha y retornado hasta la madrugada. ¿Qué ha cambiado?

He estado dándole vueltas al asunto desde el año pasado, cuando regresé a la Universidad de Princeton a enseñar, más de dos décadas después de que me había graduado. Las mujeres que conocí eran abiertas, seguras de sí mismas y sin arrepentimientos cuando paseaban entre sus pretendientes en el aula. Para mí fue un cambio significativo que hubiera una mujer cerca de dos hombres en el campus; nos sentimos un poco como invitadas en la casa sobre el árbol del club de los chicos.

1. Lisa Belkin escribe sobre la vida familiar en *The Times* y es autora del blog Motherlode en nytimes.com. En este informe contribuyeron Amanda Coston, Maia ten Brink y Shirley Gao.

2. Una versión de este artículo apareció impresa el 28 de agosto en el portal <http://www.nytimes.com/2011/08/28/fashion/after-class-skimpy-equality-motherlode.html?pagewanted=all>

No obstante, no me sorprendió tal cambio. La proporción entre hombres y mujeres de ahora es esencialmente la misma, y el mensaje de los logros femeninos proviene de la parte superior: preside la universidad una de las muchas mujeres poderosas en el campus.

Lo que sorprendió era lo que ocurría fuera de clase, donde las mujeres parecen no haber cambiado en decenios. En los ambientes sociales y en las relaciones, los hombres marcaban el paso, fijaban las reglas y actuaban como lo hicieron en los días en que las mujeres aún éramos “menos.” Muy bien podían haber sido los años ‘50, pero con una vestimenta más breve, menores inhibiciones y mejores métodos anticonceptivos.

Las ceremonias de iniciación en mi antiguo club de comida, el Princeton, ahora incluyen mujeres bailando en ropa interior y una sala de enfermería, con un médico de emergencia en guardia para atender a quienes que no controlan las bebidas que animan el baile.

Y no se trata sólo de Princeton y Duke, donde es posible encontrar relaciones de género que no se pueden describir como evolucionadas. En la Universidad del Sur de California, un mensaje electrónico infectado, que envió un miembro de la fraternidad Kappa Sigma describía a las mujeres como “objetivos” que “no son personas reales como nosotros los hombres” y enumeraba directrices que los hombres debían utilizar para calificar sus conquistas. (La propia fraternidad expresó su indignación, deslindándose de ese miembro.)

En Yale, la sección de la fraternidad Delta Kappa Epsilon desfiló por el campus el pasado otoño cantando cancioncillas como “‘No’ significa ‘sí’, y ‘sí’ significa ‘anal’”. El desfile fue filmado y publicado en el sitio web de Yale Daily News. (De nuevo, hubo indignación: Dieciséis estudiantes presentaron una denuncia a favor de los derechos civiles contra la universidad, y la fraternidad fue suspendida cinco años. Pero de manera más contundente, la denuncia fue duramente criticada por algunas mujeres entrevistadas por el Yale Daily News, quienes dijeron que lo que parecía ser sexismo era realmente una buena diversión).

En la Universidad Washington and Lee de Virginia, Ali Greenberg, una columnista del periódico estudiantil, afirmó en mayo que en el campus las mujeres se reconocían menos valor entre sí del que cualquier hombre expresaría. En su artículo escribió que las charlas durante el almuerzo en las hermandades de mujeres en general siguen el esquema “chavos y cerveza”, y que durante la cena consiste en “juzgar a las otras chicas: “¿Crees que es bonita? Se contonea”, “¿Por qué los chicos se meten con ella? Simplemente no entiendo cómo”.

Fundada en el antecedente de haberles dado una clase sobre técnicas de periodismo, recientemente pedí a mis ex estudiantes que utilizaran su habilidad en la entrevista para ayudarme a averiguar esta desconexión. Supuse que sus compañeros hablarían con ellos con mayor franqueza de la tendrían conmigo. Las entrevistas que siguen fueron de un estudiante a otro.

Quería saber cómo se ven desde dentro estas normas sociales. Al parecer, son tan desequilibradas como parecen desde fuera, aunque discernir exactamente quién tiene más

poder, si los hombres o las mujeres, es un tema algo controvertido. Para muchos es claro que son ellos quienes tienen el sartén por el mango. “Por lo general, son los chicos quienes promueven las reuniones sociales y ellas, las invitadas, de tal modo que eso les da poder sobre las chicas”, explicó una joven preparatoriana de la Universidad de Utah. “Una se siente privilegiada, pues el anfitrión te está atendiendo. He visto a muchachas salir con chicos que de otra manera no encontrarían, porque él fue el anfitrión”.

Jared Griffin, preparatoriano de Princeton, estuvo más o menos de acuerdo. El centro de la vida social en el campus es Prospect Street, calle que aloja los clubes de comida, muchos de los cuales todavía eran exclusivos para hombres cuando fui estudiante y ahora todos son mixtos. “Cuando los chavos vienen a Prospect Street lo hacen tranquilamente, visten con informalidad, como cuando van a clase —dijo—. Pero las mujeres llegan con ropa ligera, vestidas como para un coctel, maquilladas y de tacones. En ciertas ocasiones es como si fueras una chava y no te arreglaras. Se supone que debes arreglarte y aparecer sexualmente dispuesta”.

Jared Griffin, a Princeton junior, more or less agreed. The center of social life on the campus is Prospect Street, home to mansions that house the eating clubs, many of which were still all male when I was a student, and now are all co-ed. “When the guys go to the Street they are laid-back, casual, like they are going to class,” he said. “But the women come in, in short cocktail dresses, makeup, high heels. Sometimes it can be like if you’re a girl and you don’t dress up, there’s a social expectation that you should dress up and you should appear sexually available.”

Por otro lado, preguntó: ¿no es una suerte de poder femenino? “El hombre queda más o menos a merced de la muchacha a quien se le declara, y si a ella no le interesa, mala suerte para él —dijo Griffin—. Creo que en cierta forma las muchachas disfrutaban de ese poder. Ellas pueden escoger y decir: “Ese tipo no me interesa”.

Sea cual haya sido la forma en que pensaran que la balanza se inclinaba, los estudiantes entrevistados esencialmente creían que el paradigma “él persigue, ella se rinde” no significaba gran cosa. Los chavos siempre serán chavos, dijo Nora Taranto, de 20 años, estudiante de Historia de la Ciencia en Princeton, interesada particularmente en la Neurociencia. “Es sólo la forma en que actúan los chavos borrachos del internado —dijo, refiriéndose a sus prometidas payasadas en su campus y en otros. “Bueno, además de sus carreras desnudos por las aulas, las cuales supongo que ofenderán a algunas, pero a mí no, realmente no”.

Con el tiempo todos llegan a la mayoría de edad creyendo que los padres son demasiado tiosos; que ser libres para hacer alarde de sus recursos como lo hacen de su intelecto representa un nuevo tipo de poder, dicen. “Cuando traté el tema con mi mamá, ella no entendía que había intermediaciones entre ser amigos y tener relaciones”, dijo una joven en la Universidad de Virginia. “Eso pudiera no ser oficial. Así que creo que es sólo una

diferencia generacional. En realidad, sólo depende de la chica. A algunas solo les gusta tener relaciones sexuales”.

They all get to the **generational card** eventually, believing that parents are too uptight; being free to flaunt your assets as you do your intellect is a new kind of empowerment, they say. “When I talked about it with my mom, she didn’t understand that there were in-betweens between friends and relationships,” said a female junior at the University of Virginia. “That you could be unofficial. So I think it’s just a generational difference. It really just depends on the girl. Some girls just really like to have sex.”

O como lo dijo una preparatoriana de la Universidad de Utah, no se supone que la preparatoria se adhiera a las reglas del mundo real: “Personalmente, creo que este es el momento más experimental de tu vida —dijo—. Es la etapa indicada para probar y conseguir cosas nuevas, fuera del sistema de ustedes. Los padres entenderían si tuvieran en cuenta nuestro esquema mental. Creo que todo el mundo ha pasado por eso, pero creo que cuando sea grande y revise esta etapa pensaré que es malsana porque es animal, pero es lo que sucede por ahora”.

Así que todo esto, ¿es inofensivo? La primavera pasada, Princeton alojó a 1,300 alumnas durante un fin de semana para celebrar el progreso llamado “Ella ruge”. La jueza Sonia Sotomayor estuvo allí. (La jueza Elena Kagan no pudo asistir.) También fue Meg Whitman, ex presidente ejecutivo de eBay, y Wendy Kopp, directora ejecutiva y fundadora de Teach for America, así como dos miembros del Congreso, algunas autoras de best-sellers y jefas de empresas y universidades. La primera noche, grupos de estudiantes cantaron, y para entonar una canción *a capella* el grupo de varones los Nassoons dio serenata a una integrante del grupo femenino Tigerlilies, que simulaba deambular, perdida en el escenario. Al compás del ritmo, los hombres hicieron la pantomima de desabrocharse la bragueta y dar estocadas con la pelvis.

Poco después, en un ensayo publicado en *The Christian Science Monitor*, la cantante Tina DeVaron, que estuvo en la audiencia, comparó esta mímica con una violación en grupo y contó la historia de su propia violación, que un compañero suyo realizó en 1973 cuando estaba en Princeton. Lo que esa noche los ejecutantes en escena vieron como diversión obscena, escribió, estaba en la raíz de las estadísticas: “una de cada cuatro mujeres será asaltada sexualmente en un campus universitario”.

La respuesta a la señora DeVaron fue tan diversa como las que obtuvieron mis estudiantes entrevistadores. Muchos lectores quedaron consternados y se preguntaban en qué momento se equivocaron los padres de estos estudiantes. Otros restaron importancia al asunto, e incluso sugirieron que fue una respuesta a la afectación de las generaciones anteriores, que veían en cada interacción entre hombres y mujeres algo simbólico en vez de simple diversión.

“Los campus universitarios ya no pueden permitirse el lujo de ser cómplices de esta cultura

de la desigualdad”, escribió DeVaron.

De verdad, tenemos que ver con nuevos ojos lo que estamos enseñando a nuestros hijos, así como lo que ellos debieran enseñarnos.